

LA MEMORIA DE UN NIÑO

Estamos en 1.939, serian los meses de Septiembre u Octubre. El Juzgado de 1ª Instancia de Getafe y su Partido Judicial se encontraba situado en el mismo edificio que el Ayuntamiento, que ambos compartían, pero con accesos diferentes. Había una puerta para el Juzgado y otra para el Ayuntamiento.

La maquinaria de la policía franquista, Guardia Civil y Falange sobre todo, trabajaban activamente para localizar y detener a todos aquellos que no fuesen afectos al nuevo régimen, tuvieran o no delitos de sangre.

La cárcel de Getafe, en la que se internaba a todos los presos del Partido Judicial, compuesto por entonces por 21 poblaciones limítrofes, estaba llenándose día a día. En los momentos de mayor saturación hubo en su pequeño espacio, más de 1.700 presos, hombres, mujeres y algún niño.

Poco a poco, el nuevo jefe de la prisión, al que Falange había entregado el control de la misma, organizaba la documentación de cada preso, formando expedientes que después acompañaban al preso, cuando la Guardia Civil los conducía al Juzgado de Getafe.

La Guardia Civil llevaba a los presos que se iban a juzgar, esposados y atados en cordada, hasta la puerta del Juzgado.

Cierto día, cuando una de esas cordadas era conducida al Juzgado por los guardias civiles, al subir los escalones, que por entonces separaban la plaza del Ayuntamiento de la todavía carretera de Toledo, un niño de unos 6 o 7 años, vio como varias viudas de caídos, enlutadas y con velos, católicas, apostólicas y romanas, religiosamente hablando, y muy conocidas en Getafe, estaban esperando a los presos que subían esos escalones.

Habían partido varias tijeras y llevaban media tijera cada una, escondida entre los puños y agredían, pinchando con ellas a los presos, atados y esposados. Uno de ellos, un joven de unos 25 o 30 años, se revolvió contra ellas, tras recibir un pinchazo, defendiéndose como podía de la agresión, dando patadas y manotazos.

Entonces uno de los guardias civiles se fue hacia ellas, las separó y se marcharon, pero eso fue todo, no hubo más, los presos se quedaron con las heridas.

Una de las viudas y su hija eran de Getafe, conocidísimas en el pueblo, intocables, y el preso agredido, cumplió la condena que se le impuso y siguió viviendo en Getafe, en el barrio de La Alhóndiga.

La viuda y su hija, a las que me refiero en el párrafo anterior, además de otros componentes de la misma familia, cuando en 1.975 murió Franco y en 1.978 llegó la democracia, se marcharon de Getafe. Tenían más miedos que los que causaron. Cuestión de conciencias.

Esta escena nos la ha contado hoy día, tal y como la vio y vivió entonces, Antonio Sainero Monsalve, con algunos más de 80 años actualmente.

LA MEMORIA DE UN NIÑO

Tristes escenas que quedaron grabadas para siempre en la memoria de un niño.



FOTO DEL ANTIGUO AYUNTAMIENTO DE GETAFE CON LOS ESCALONES DE SUBIDA A SU PLAZOLETA.

Getafe a 12 de Septiembre de 2.016

Jose Maria Real Pingarrón